

**Ricardo Alegría y el patrimonio arqueológico puertorriqueño
(Ciclo de tertulias dedicadas a la memoria de Ricardo Alegría Gallardo)
por**

**Miguel Rodríguez López, Arqueólogo
Rector Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe**

**Fundación Luis Muñoz Marín
7 de septiembre de 2011**

**LA FUNDACIÓN LUIS MUÑOZ MARÍN Y
EL CENTRO DE ESTUDIOS AVANZADOS DE PUERTO RICO Y EL CARIBE**
TE INVITAN A LA CONFERENCIA
EN HOMENAJE A RICARDO ALEGRÍA
**RICARDO ALEGRÍA Y EL PATRIMONIO
ARQUEOLÓGICO PUERTORRIQUEÑO**
POR EL PROFESOR
MIGUEL RODRÍGUEZ LÓPEZ
EL MIÉRCOLES 7 DE SEPTIEMBRE DE 2011
A LAS 7:00 P.M. EN EL AUDITORIO DE LA
FUNDACIÓN LUIS MUÑOZ MARÍN
CARRETERA ESTATAL 977, KM. 0.4
(MARGINAL EXPRESO TRUJILLO ALTO)
ENTRADA GRATUITA
INFORMACIÓN: 787-755-7979 - WWW.FLMM.ORG

Logos: Fundación Luis Muñoz Marín, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, Departamento de Recursos Culturales.

Quiero comenzar mis palabras agradeciendo al amigo Julio Quirós, director ejecutivo interino de la FLMM, y además estudiante doctoral de nuestro programa de Historia; y a nuestro decano académico, el Dr. Jaime Rodríguez Cancel, a quienes se debe la organización de este necesario ciclo de tertulias en homenaje y recordación de nuestro querido don Ricardo Alegría y de su legado.

Aprovecho además la oportunidad para agradecer a todos ustedes, así como a miles y miles de puertorriqueños y puertorriqueñas, su presencia en el velatorio de don

Ricardo en la sede del Centro y en su sepelio el pasado 7 de julio. Durante tres días su familia, sus estudiantes, sus más cercanos colaboradores, los artistas y artesanos, las agrupaciones culturales, en fin, un pueblo entero lamentó su muerte pero celebró su vida de una forma vibrante, afirmando con orgullo nuestra puertorriqueñidad, tal y como don Ricardo nos enseñó a través de su vida.

Ricardo Alegría Gallardo fue un puertorriqueño excepcional; forjador de nuestra cultura e identidad nacional y sin lugar a dudas, me atrevo a decir que es una de las diez figuras cimeras del Puerto Rico del siglo XX. Su obra es tan diversa y tan vasta que para estudiarse tiene que ser abordada por temas, por áreas y por periodos cronológicos. Y es que hasta su fallecimiento el pasado mes de julio, poco después de cumplir 90 años, don Ricardo se mantuvo activo y alerta, muy pendiente a sus proyectos y publicaciones, siempre optimista y soñando con nuevas iniciativas culturales para Puerto Rico; aunque a veces dolido por el creciente deterioro del país y de algunas de las instituciones y programas que él creó.

A mí me tocó en este ciclo el tema de las aportaciones de don Ricardo a la arqueología puertorriqueña y su importancia como elemento fundacional en nuestra identidad de pueblo. En su memoria y por el gran afecto y eterno agradecimiento que le tuve y que le tengo, trataré de cumplir esta noche con esta responsabilidad.

Para muchos puertorriqueños la palabra arqueología evoca imágenes diversas: el Centro Ceremonial Indígena de Caguana, el famoso petroglifo del Sol de Jayuya - que ya se considera uno de los símbolos icónicos de Puerto Rico - , los impresionantes cemíes y dujos precolombinos que enriquecen nuestros museos, las excavaciones de yacimientos, la lucha heroica de Agueybana y otros caciques tainos en defensa de su tierra y la herencia lingüística y racial taina, entre otras.

Gracias a Ricardo Alegría las presentes generaciones han aprendido a valorar

con respeto y admiración, a veces hasta con sagrada reverencia, todos estos vestigios del pasado. Se trata de maravillas del arte y la tecnología creadas por los pueblos originarios que habitaron nuestra isla antes de la llegada de los europeos a nuestras playas. De estas culturas recibimos un significativo legado arqueológico, lingüístico y hasta biológico, que ha ido creciendo con el tiempo. Por ejemplo, en los pasados años la investigación científica ha confirmado que más de la mitad de la población puertorriqueña actual posee en su código genérico un DNA mitocondrial con elementos asociados a las poblaciones amerindias de la zona tropical del continente suramericano.

El valor de lo que hoy constituye la primera raíz, el primer piso, la zapata, el subsuelo de nuestra identidad puertorriqueña, es incalculable. La herencia indígena es el ancla donde tenemos que afianzar nuestro ser, no en los lejanos continentes de Europa y África, sino en nuestro propio suelo americano. No sentiríamos ninguna de estas emociones, que son también verdades antropológicas y científicas, si no hubiese existido un Ricardo Alegría en nuestra historia. El nos enseñó a conocerla, a protegerla y a sentirnos orgullosos de esa “Buena Herencia”, como la llamó en una importante película del mismo nombre del director Amílcar Tirado de 1967 sobre el tema.

Pero no siempre fue así en nuestro país. Hubo una época, hace muchas décadas, en la cual hasta muy distinguidos académicos se burlaban del joven Alegría y ridiculizaban sus descubrimientos. Hasta cuestionaban la validez de sus estudios o el costo, aunque ínfimo, para la Universidad de sus excavaciones. Decían algunos profesores de forma irónica que el joven Ricardo Alegría había encontrado unas piedras en una cueva en Loíza y que alegaba que habían sido talladas por los cavernícolas de la edad de piedra. En una ocasión, a raíz de su participación en una expedición a Venezuela se corrió el rumor en la Universidad de que Alegría iba a traerse un indio del Orinoco para ponerlo en una vitrina en el nuevo museo.

Lamentablemente todavía hay en pleno siglo XXI algunos puertorriqueños

enredados en viejos complejos coloniales de inferioridad para quienes nuestro pasado indígena es una humillación y una deshonra, cuanto menos algo de muy poca monta. Incluso hay algunas personas que por desconocimiento o ignorancia piensan que si por lo menos los Taínos se parecieran a los Mayas o a los Aztecas la cosa no sería tan mala. Obviamente falta todavía mucha educación por hacer.

El temprano interés de Ricardo Alegría en estos asuntos de la cultura y la historia le viene de su padre, uno de los intelectuales más destacados de la época, y también del ambiente familiar en que se crió. Pero fue por influencias de dos profesores que en la Universidad de Puerto Rico marcaron su vida, que un inquieto y obstinado Ricardo Alegría decidió realizar estudios graduados en arqueología, una vez completó su bachillerato; algo que nadie en Puerto Rico había hecho hasta el momento. Sus dos mentores en esta disciplina fueron don Sebastián González García, recordado humanista gallego, historiador del arte y arqueólogo, y don Rafael W. Ramírez, profesor de historia y gran aficionado a la arqueología.

Su naciente pasión por la arqueología fue tal que al fundar en 1941, junto a un grupo de amigos, la fraternidad Alpha Beta Chi, la primera fraternidad universitaria que no requería limpieza de sangre de sus miembros, escogió como su símbolo la imagen esquemática de un petroglifo taíno, originalmente de Cueva Pajita de Lares, en vez del elaborado escudo nobiliario que acostumbraban utilizar estas organizaciones.

Para el 1941, apenas con 20 años de edad, ya aparecen en el periódico universitario La Torre, dos artículos de arqueología escritos por él sobre sus expediciones y hallazgos: el primero sobre un importante conjunto de petroglifos indígenas en el Río Espíritu Santo en las faldas del Yunque, y el segundo sobre una visita a la Cueva de Punta Maldonado en Piñones. Durante esos años Alegría también estudió los escritos de Eugenio María de Hostos, Cayetano Coll y Toste, Agustín Stahl, Adolfo de Hostos y tantos otros puertorriqueños a quienes el tema indígena apasionaba

de diversos modos y con variados enfoques. Estuvo en contacto además con conocidos aficionados a la arqueología que poseían importantes colecciones privadas de piezas indígenas de gran valor artístico y científico.

No conforme con esto, siendo todavía estudiante se carteaba con arqueólogos de destacadas instituciones norteamericanas, entre ellas el Museo Peabody de la Universidad de Yale, quienes desde las primeras décadas del siglo XX habían realizado expediciones arqueológicas a Puerto Rico. Estos centros académicos habían enriquecido sus museos y depósitos con grandes colecciones de piezas de Puerto Rico, algunas adquiridas por medio de compra y otras por medio de excavaciones en decenas de yacimientos de todos los confines de la isla.

Fue desde ese momento que inició una estrecha relación con Irving Rouse, arqueólogo de la Universidad de Yale, quien había excavado en la isla en la década del 1930 y con quien colaboró hasta el fallecimiento de Rouse en años recientes. Tuvimos la oportunidad de honrar la contribución de Rouse a la arqueología y a la formación de nuevos arqueólogos en Puerto Rico y el Caribe al dedicarle el XV Congreso Internacional de Arqueología del Caribe que organizamos en Puerto Rico en el 1993 y al otorgarle luego un doctorado Honoris Causa de nuestra institución.

Con grandes dificultades, incluyendo el idioma y el racismo, se fue Alegría en el 1942 a estudiar arqueología a la Universidad de Chicago con los más renombrados arqueólogos del momento; Robert Redfield, Fay Cooper Cole y Wilton Krogman, entre otros. El famoso arqueólogo Richard MacNeish fue su supervisor de campo en su primera experiencia de excavación en un yacimiento en Illinois.

Y aquí intercalo una anécdota de aquella experiencia educativa, relevadora por demás de la personalidad de don Ricardo. En una ocasión el que fuera su profesor y supervisor de campo Richard MacNeish le escribió a otro colega describiendo la

experiencia que tuvo en aquel momento con el joven Alegría. Le contó que al pobre estudiante hasta le salieron llagas en las manos porque nunca había utilizado una pala o un palaustre en su vida, que mientras comía se quedaba dormido de cansancio frente a los demás estudiantes y que pasó las más difíciles pruebas excavando en condiciones de mucho calor y humedad, a las cuales obviamente no estaba acostumbrado.

Sin embargo, concluye en la carta que al cabo de un mes de intenso esfuerzo, el joven estudiante no se quejó, no se rindió, y dio la talla, aprendiendo a excavar, a utilizar las requeridas herramientas, a tomar notas, a fotografiar y a interpretar los hallazgos, mostrando así las dos características fundamentales que debe tener un buen arqueólogo; **temple y perseverancia**. Pienso que estas dos características siempre acompañaron a don Ricardo en todos sus caminos hasta los últimos momentos de su vida.

Aparte de sus estudios en arqueología, en Chicago el joven estudiante desarrolló su interés por la museografía y por la etnohistoria. Esta última era en aquel momento una disciplina naciente que combinaba la arqueología, la documentación histórica y la etnología, en un esfuerzo por reconstruir sociedades antiguas ya desaparecidas, como en el caso de Puerto Rico sería la sociedad Taina. Por eso su tema de tesis de Maestría, “La institución del cacicazgo entre las sociedades indígenas del Caribe”, más que arqueológico fue etnohistórico.

De hecho, por sus contribuciones a la etnohistoria y su extensa bibliografía en este campo, a don Ricardo también se le considera como el principal etno historiador del Caribe y uno de los más importantes de toda la América. Sus estudios en torno a los más variados aspectos de la cultura y la sociedad de los Tainos, como lo son sus vestimentas y adornos, estructura social, juegos y ceremonias, mitología, representaciones gráficas, relaciones entre islas y tantos otros temas, son más conocidos que su bibliografía puramente arqueológica. Los arqueólogos que tuvimos la

oportunidad de ser sus discípulos aprendimos de don Ricardo que no podemos hacer buena arqueología sin el adecuado conocimiento y manejo de la etnohistoria.

Regresa Alegría a la isla en el 1945, convertido en el primer arqueólogo profesional de Puerto Rico y con un sólido grado académico en dicha disciplina. Comienza entonces uno de los periodos de mayor actividad arqueológica de don Ricardo, que va a finalizar en el 1952 cuando se dirige a la Universidad de Harvard a realizar sus estudios doctorales en antropología. Fueron siete años extremadamente intensos que comienzan con su nombramiento como director auxiliar del antiguo museo universitario de don Rafael W. Ramírez, y finalizan con la creación oficial mediante la Ley 97 del 15 de abril de 1951 del Museo de Historia, Antropología y Arte, adscrito a la Universidad de Puerto Rico, proyecto del cual Alegría fue su cabildero principal (siempre ad honorem, como todo lo que hizo), y para el cual luego el destacado arquitecto Henry Klumb diseñó el edificio que hoy ocupa.

En el 1947 Ricardo Alegría comienza otro proyecto de vida: se casa con la joven Carmen Ana Pons, para todos los presentes nuestra querida doña Mela, quien se convirtió desde ese momento en su ayudante, aliada y asesora en todas las iniciativas culturales, particularmente las artísticas, que emprendió y desarrolló en su vida, incluyendo la arqueología, de la cual doña Mela siempre fue una gran estudiosa. En su tesis de estudios graduados de la Universidad de Nueva York doña Mela utilizó los materiales saladoides excavados por don Ricardo bajo el Convento de los Dominicos para presentar un análisis estilístico de su cerámica.

Durante esos años Alegría excavó extensamente en los yacimientos arqueológicos de La Monserrate, Luquillo; en las plazas ceremoniales de Caguana, Utuado; en el yacimiento de Canas, Ponce, y en la cueva de María la Cruz y Hacienda Grande, estos últimos localizados a corta distancia uno del otro en el entonces poblado de Loíza Aldea, en terrenos de una finca conocida con el nombre de San José del

Cacique que había pertenecido antiguamente a su familia materna. La información obtenida y publicada por don Ricardo en todos estos yacimientos, así como los materiales científicamente excavados en ellos con los métodos y técnicas de la época, los hacen figurar entre los más importantes sitios precolombinos de Puerto Rico y el Caribe.

En María la Cruz Alegría obtuvo las primeras evidencias fehacientes de la presencia en la isla de sociedades arcaicas, correspondientes en nivel de desarrollo a las sociedades del paleolítico europeo. (Estas eran las piedras de las cuales se burlaban aquellos académicos que mencioné anteriormente). Este importante hallazgo se mantuvo como el más antiguo de Puerto Rico, hasta que casi medio siglo después se descubrieron y se excavaron los yacimientos de Maruca en Ponce y Angostura en Barceloneta, cuya antigüedad por medio de las pruebas radiométricas de Carbono 14, se remonta a los 3000 años antes de Cristo, es decir 5000 años antes del presente. Así que para el que no lo sepa todavía, ahora se entera: Puerto Rico tiene 5000 años de historia, no 500 como a veces nos dicen algunos libros de texto.

En los yacimientos de Monserrate y Canas, pero sobre todo en el de Hacienda Grande, Alegría excavó y confirmó la existencia en Puerto Rico de una antigua cultura agroalfarera caracterizada por la extraordinaria calidad de la cerámica pintada que fabricaban sus mujeres, así como por la riqueza de sus cuentas y amuletos, algunos tallados en piedras semipreciosas, cuyas fuentes de origen se remontan al continente suramericano. La fase más temprana de la cultura que arqueológicamente llamamos Saladoide o Igneri, así como su estilo cerámico característico, lleva desde entonces el nombre de Hacienda Grande, con el cual la bautizó don Ricardo.

En cuanto a sus excavaciones en Caguana, Utuado, solamente hay que decir que se trata del sitio arqueológico más importante de la cultura Taina de Puerto Rico y uno de los más importantes del Caribe. Para los arqueólogos Caguana es Tierra Santa. Luego, cuando don Ricardo dirigió el Instituto de Cultura Puertorriqueña se hicieron

los trámites para adquirir dichos terrenos, restaurar las plazas y bateyes que allí se encuentran enclavados y abrir este gran monumento nacional al público como Parque Ceremonial Indígena de Caguana, para el disfrute y orgullo del pueblo puertorriqueño y de los miles de turistas que también lo visitan.

Los variados materiales excavados en todos estos lugares, incluyendo enterramientos humanos, formaron parte de las primeras colecciones científicamente recuperadas del Museo de la Universidad de Puerto Rico y de su Centro de Investigaciones Arqueológicas, creado también por él para coordinar estos esfuerzos noveles en el campo de la arqueología puertorriqueña. Desde entonces estos objetos forman parte de las exhibiciones permanentes del Museo, junto con piezas extraordinarias de las colecciones privadas que por reclamo de Alegría el Museo fue recibiendo, por medio de compra o donativo. Años después, en el Instituto de Cultura también hizo lo mismo, recuperando colecciones y piezas arqueológicas muy valiosas para el país.

El joven arqueólogo se ocupó de que estos objetos no fueran apreciados solo por los universitarios y los sanjuaneros, y preparó una exposición rodante que les mostraba a los niños en sus escuelas, en campos y pueblos, ejemplos de artefactos indígenas, producto de sus excavaciones, desarrollando así el aprecio y el orgullo por las cosas de nuestras culturas antiguas. Y esa idea la continuó y la expandió luego con gran éxito en el Instituto de Cultura. ¡Qué gran idea señores y que gran proyecto: museo rodante, teatro rodante, exposiciones rodantes!

De estas importantes colecciones privadas rescatadas por Alegría para el disfrute del pueblo se cuentan las de Gildo Massó, José Limón de Arce y Benigno Fernández García – padre de uno de los más cercanos amigos y colaboradores de don Ricardo, el antropólogo Eugenio Fernández Méndez -; así como las de Montalvo Guenard y la de don Adolfo de Hostos. Esta última también incluyó piezas precolombinas de Panamá

obtenidas por don Adolfo durante su estadía como oficial de ejército de los Estados Unidos en la Zona del Canal.

Como si no fuera suficiente su labor en estos años, el joven Alegría sacó tiempo también para visitar las instituciones, universidades y museos de los Estados Unidos que poseían colecciones arqueológicas procedentes de Puerto Rico. Estableció buenas relaciones con sus arqueólogos y curadores que luego permitieron préstamos y exhibiciones temporeras de dichas instituciones en Puerto Rico. Además el recién graduado arqueólogo participó y presentó ponencias de temas arqueológicos y etnohistóricos en el XXIX Congreso de Americanistas celebrado en 1949 en Nueva York y en la importante Mesa Arqueológica de la Habana en 1952 de la cual fue miembro fundador.

Unos años después, en el 1961, fue miembro fundador, junto a otros arqueólogos de las Antillas Mayores y Menores y arqueólogos norteamericanos que trabajaban en el Caribe, de la Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, organización profesional de arqueólogos caribeños que recientemente cumplió medio siglo. Don Ricardo siempre nos estimuló a asistir y participar en todos estos eventos que se celebran tanto en el Caribe como en los Estados Unidos, porque creía que era una forma directa de conocer y entrelazar la historia y la arqueología de nuestros pueblos desde una perspectiva regional.

En el pasado congreso de la AIAC celebrado en Martinica a fines de julio, solicité a nombre del CEAPRC y de otras instituciones, que Puerto Rico fuera la sede del próximo congreso a celebrarse en el año 2013, petición que fue avalada por todos los presentes. Con la ayuda de todos esperamos convertir el Congreso de San Juan en un gran homenaje caribeño e internacional a la obra arqueológica y etnohistórica de don Ricardo.

En el 1952 Alegría, ya junto a su inseparable Mela y sus dos pequeños hijos, Ricardo y José Francisco, se va a la Universidad de Harvard con una beca Guggenheim a estudiar su doctorado en antropología. En Harvard estudió con el famoso antropólogo físico Earnest Hooton, con el arqueólogo Samuel Lothrop, quien décadas antes había realizado excavaciones arqueológicas en el sur de Puerto Rico, y con Gordon Willey, quien fue además su director de tesis. Don Ricardo escogió nuevamente un tema etnohistórico que complementaba sus trabajos arqueológicos en el yacimiento de Caguana, Utuado. Su tesis doctoral “Ball Courts and Ceremonial Plazas in the West Indies”, publicada en el 1983, es todavía, según algunos expertos, uno de los trabajos más completos que se hayan escrito sobre el tema del juego de pelota y los bateyes y plazas de los aborígenes del Nuevo Mundo.

A su regreso a Puerto Rico, con su maestría de Chicago y su doctorado de Harvard, con una sólida preparación académica en los campos de la arqueología y la antropología, y con un gran prestigio profesional tanto en Puerto Rico como en el exterior, ya Ricardo Alegría estaba preparado para enfrentar otros retos de mayor envergadura. Y aunque no se cierra su capítulo como arqueólogo ciertamente comienza otro capítulo más abarcador y de mayor complejidad: la fundación y la dirección del ICP a partir de 1955.

Desde la dirección del ICP el ahora también antropólogo Alegría tiene ante sí el diseño de un amplio plan cultural para Puerto Rico donde la arqueología y el estudio de nuestras raíces indígenas juegan un nuevo papel. Se trata de crear instituciones que promuevan el rescate de unos valores y unos símbolos de afirmación e identidad. Y desde el propio sello oficial de la nueva estructura gubernamental Alegría coloca la figura del indio taíno, con su cemí protector en mano y rodeado de sus alimentos distintivos, la yuca y el maíz, se impone al mismo nivel y con la misma fuerza que el elemento negro y el español, algo impensable para el mundo cultural y académico de esa época.

Fue a finales de la década del 1980, con la aprobación de las leyes de protección arqueológica y el desarrollo de lo que se ha llamado arqueología de contrato, cuando el ICP estableció formalmente una división o programa específico de Arqueología. Pero siempre desde su fundación en 1955 hasta el retiro de don Ricardo en el 1973 el patrimonio arqueológico y la herencia indígena tuvieron roles preponderantes en las metas y en los programas de la nueva agencia cultural.

Bajo la dirección de Alegría se adquieren los terrenos para que el estado protegiera y restaurara importantes yacimientos arqueológicos como el Parque Ceremonial Indígena de Caguana y la Cueva de María la Cruz. Además se realizan nuevas excavaciones, tanto en lugares de interés indígena como histórico, incluyendo el Convento de San Domingo, en cuyos cimientos se realizaron excavaciones durante su restauración para ser convertido en sede del Instituto, así como en las ruinas de Caparra en el sector Pueblo Viejo de Guaynabo, en la antigua ermita del Espinal en Aguada y unos años después en la Iglesia de San José en el Viejo San Juan.

La apertura de nuevos museos y salas donde la arqueología tuvo un rol protagónico también caracterizó la obra del Instituto en esos años. Luego, ya fuera de la dirección de la agencia diseñó y montó, con mucho empeño y con mucho amor, el Museo del Indio, en la Casa de los dos Zaguanes del Viejo San Juan, pequeño y especializado, pero acogedor y cómodo para ser recorrido por estudiantes y turistas. Lamentablemente, en tres ocasiones, a la llegada de un nuevo director o directora se decía que el Museo del Indio, tenía que remodelarse o ampliarse, que lo que hizo Alegría ya estaba obsoleto y anticuado y que no le hace justicia a la rica herencia arqueológica de nuestro país. Quizás con buenas intenciones, en tres ocasiones se desmantelaron las exposiciones para supuestamente hacer una más grande y más moderna, y todo se quedaba en planes. En las dos primeras ocasiones, nuevos directores llamaron a don Ricardo para pedirle de favor que montara nuevamente el

museo y así lo hizo. Pero en la tercera ocasión se quedó desmantelado y así permanece desde hace más de una década.

En estos momentos el ICP no cuenta con una sala o un museo arqueológico, ni grande ni pequeño, ni tradicional ni moderno, donde nuestro pueblo y los turistas que nos visitan pueda apreciar la grandeza de nuestras culturas originarias. Es la excepción el pequeño museo del Parque Ceremonial de Caguana, pero se trata de una exposición especializada para un sitio arqueológico en particular y no puede considerarse de ninguna manera como un museo arqueológico. Otra espinita en el corazón de don Ricardo que le dolió hasta el final.

Mientras dirigió el Instituto de Cultura don Ricardo no dejó de apoyar las iniciativas de grupos y sociedades locales en el campo de la arqueología, incluyendo el asesoramiento a museos como el del Centro Ceremonial de Tibes en Ponce y el del Centro Humanístico de la Universidad del Turabo. Continuó además la publicación de libros y artículos de temas arqueológicos y etnohistóricos, y participó en incontables congresos y simposios arqueológicos en Puerto Rico, las islas del Caribe y los Estados Unidos. Todavía su libro *Historia de Nuestros Indios (Versión Elemental)*, escrito en el 1952, sigue siendo uno de los “best seller” en las ferias del libro celebradas en nuestro Centro.

También respaldó proyectos de excavaciones en diferentes partes de la isla como las realizadas en los yacimientos de Las Flores en Coamo y Collores en Juana Díaz. Fue en este último yacimiento donde, como estudiante de Maestría del Centro y con la ayuda de la Sociedad Guaynía de Ponce, realicé las excavaciones de campo que utilicé en mi tesis. Apoyó con cartas de recomendación y también económicamente a muchos estudiantes en su interés por estudiar arqueología en universidades de México y los Estados Unidos.

A mí me ayudó económicamente para que fuera a estudiar en el verano de 1983 con Irving Rouse las colecciones arqueológicas de Puerto Rico depositadas en la Universidad de Yale, y sé que así también lo hizo con mucha generosidad y discreción durante toda su vida con muchas personas en los diferentes campos de la cultura nacional.

Desde la dirección del ICP Alegría promovió la celebración de festivales típicos en los cuales se destacaba el tema de la herencia indígena, como lo fue por ejemplo el Festival Indígena de Jayuya, todavía uno de los eventos más importantes de nuestra cultura popular. Durante casi una semana los jayuyanos y los miles de puertorriqueños que los visitan, viven el orgullo de la herencia taína por medio de bailes y dramatizaciones donde se recrean los areitos y los juegos de bola de nuestros indios. En Jayuya se reúnen los mejores artesanos que trabajan el tema taíno así como las comidas confeccionadas con productos autóctonos como la yuca y el maíz. También hay festivales con el tema indígena en otros lugares de la isla, como los que se celebran en las Indieras en Maricao.

Y como si fuera poco, los temas indígenas y arqueológicos figuran de manera prominente, diría yo que de forma mayoritaria, en la producción creativa de nuestros artesanos. Hagan la prueba en cualquier festival artesanal de nuestra isla: camisetas con los más variados petroglifos, pantallas y collares, réplicas de vasijas y cemies, hasta un hermoso nacimiento taíno. Y todo esto como resultado de la obra iniciada por nuestro recordado don Ricardo.

Al retirarse del Instituto en el 1973 ya don Ricardo tenía en mente, desde la década del 1940, la creación de una nueva criatura: el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, que abrió sus puertas en el 1977, inicialmente en un edificio del área de Casa Blanca, y que luego se mudó a su actual sede, el antiguo Seminario Conciliar de San Ildefonso en la Calle del Cristo en el Viejo San Juan.

Los estudios en el campo de la Arqueología de Puerto Rico y el Caribe siempre recibieron en el Centro un gran destaque, sirviendo de apoyo a la formación de una generación de arqueólogos puertorriqueños. Arqueólogos como Ovidio Dávila, Osvaldo García Goyco, Roberto Martínez, Hernán Ortiz, Virginia Rivera, Carlos Pérez, Herminio Rodríguez (recientemente fallecido) y el que aquí les habla, tuvimos la oportunidad única de educarnos formalmente en el Centro con don Ricardo, aprendiendo y disfrutando de su gran conocimiento y de su gran sabiduría.

Durante los casi 25 años que fungió como su director, Alegría invitó a los más prestigiosos arqueólogos del Caribe y de los Estados Unidos a ofrecer tanto cursos académicos como seminarios y conferencias. Los que fuimos sus estudiantes en esos años tuvimos la oportunidad de aprender y compartir con arqueólogos de la importancia de Irving Rouse de la Universidad de Yale, Peter Roe de la Universidad de Delaware, Gordon Willey de Harvard, y de Marcio Veloz Maggiolo de la República Dominicana y Mario Sanoja de Venezuela, ambos portavoces del movimiento de la arqueología social latinoamericana y también de nuestra querida Lourdes Domínguez especialista cubana en arqueología histórica que por décadas ha estado vinculada a nuestra institución.

En la biblioteca del Centro se encuentran más de 20 tesis graduadas sobre temas de arqueología, algunas de ellas publicadas, y que constituyen verdaderas aportaciones al estudio de nuestro pasado indígena. El Centro también ha publicado las Actas del XV Congreso Internacional de Arqueología del Caribe celebrado en San Juan en el 1993 así como otros libros de etnohistoria de la autoría de don Ricardo.

A partir del 2004, cuando asumí la dirección del Centro, quise formalizar y desarrollar aún más el campo de la arqueología en nuestra institución. En el 2008, luego de la preparación de una extensa propuesta académica, el Consejo de Educación

Superior nos autorizó abrir un nuevo programa de Maestría en Arqueología de Puerto Rico y el Caribe. El mismo tiene alrededor de 50 estudiantes, algunos de los cuales ya casi están listos para comenzar sus investigaciones de tesis. Es el primer programa graduado con esta especialidad en Puerto Rico y el Caribe por lo que pone de manifiesto el interés y la importancia de los estudios arqueológicos para nuestra juventud y para nuestro pueblo.

Siempre les digo a nuestros profesores y estudiantes de arqueología que tenemos que seguir el ejemplo y las enseñanzas de nuestro fundador, don Ricardo. Por eso nuestro objetivo en el Centro es no solo producir buenos arqueólogos capacitados con todos los conocimientos teóricos y las destrezas técnicas que requiere la profesión, sino también arqueólogos comprometidos con la defensa y el enriquecimiento de nuestro patrimonio cultural.

Recientemente el Centro sirvió de sede para una importante celebración que iba a pasar desapercibida para todos; el Quinto Centenario de la Rebelión Taina de 1511, el primer grito de guerra y libertad en la larga historia de Puerto Rico como pueblo caribeño. Contamos en esos dos días con la presencia de miles de puertorriqueños, tanto en las conferencias que ofrecieron distinguidos académicos, así como en el festival artesanal y artístico donde se recrearon escenas de la vida indígena por parte de grupos que promueven y afirman su identidad cultural y racial taina.

En nuestra institución a menudo se ofrecen charlas y foros sobre temas arqueológicos por parte de investigadores extranjeros y nacionales. También colaboramos con el Programa de Arqueología y Ethnohistoria del Instituto de Cultura Puertorriqueña y su encuentro anual de investigadores en esos campos, que este año se le dedicó a don Ricardo, con motivo de su 90 cumpleaños.

Se pueden seguir mencionando las interminables aportaciones de don Ricardo en

el estudio y el fomento de la arqueología y la herencia indígena. Pero como el tiempo apremia voy a mencionar solo una más. A don Ricardo también le debemos el nombre de la única universidad en Puerto Rico que lleva un nombre taíno: mi querida Universidad del Turabo, a la que me unen estrechos lazos desde que hace ya tres décadas fui recomendado, precisamente por don Ricardo, para ofrecer unos talleres de arqueología en el entonces recién inaugurado Museo y Centro de Estudios Humanísticos. Fue él quien le recomendó este nombre a doña Ana G. Méndez para que la institución se asociara de manera afirmativa con la región en que se encuentra y de la que proviene la mayoría de sus estudiantes: el Valle del Turabo. En su escudo también figura un cemí taíno y en el deporte sus equipos, casi siempre campeones, se identifican como los Tainos del Turabo.

A manera de resumen. La pasión de Ricardo Alegría por la arqueológica no fue un mero interés o pasatiempo. Don Ricardo lo analizaba y lo planificaba todo. Por eso para poder fundamentar con base sólida su gran proyecto cultural tenía que comenzar con el principio de la historia, con los fundamentos de nuestra sociedad. Esta formación arqueológica fue la que le permitió establecer sobre una base concreta y científica la idea que desde joven en su mente se estaba gestando.

El que Ricardo Alegría haya sido un extraordinario arqueólogo es como una metáfora de toda su vida. El buen arqueólogo localiza y excava con paciencia y extremo cuidado, con temple y perseverancia, como en una ocasión dijo de él el arqueólogo Richard MacNeish, los vestigios más antiguos de la sociedad en que vive. El buen arqueólogo identifica, organiza, clasifica y analiza todos los fragmentos recuperados. El buen arqueólogo une los pedazos del pasado con dedicación, como un enorme rompecabezas, y reconstruye y escribe la gran historia de su pueblo. Eso es exactamente lo mismo que hizo Ricardo Alegría durante toda su vida: escudriñar y desenterrar del pasado y del olvido todo aquello que nos identifica culturalmente y que nos une como pueblo, para entregarlo a las presentes y futuras generaciones de

puertorriqueños como un extraordinario legado de amor por su pueblo.

Muchas gracias